

Documentos
**Año I de la
Revolución Nicaragüense**

SANDINISMO,
HEGEMONÍA Y REVOLUCIÓN*

Cuando las abigarradas columnas guerrilleras entraban en Managua el 19 de julio de 1979 y los fusiles libertarios se alzaban en triunfo enarbolados en las manos de miles de combatientes victoriosos, habían pasado dos décadas de luchas a muerte en nuestro continente, de dudas y discordias, de recriminaciones teóricas y de vigiliadas revolucionarias. La historia iluminaba entonces el surgimiento de un nuevo modelo y de una nueva praxis y el heroísmo y la sabiduría de una vanguardia había conseguido encajar los múltiples elementos necesarios para componer la circunstancia victoriosa de ese nuevo modelo, y a través de una guerra popular, romper con la dura costra de un esquema de dominación que había aguantado medio siglo de empujes y ahora se desquebrajaba por completo para no dejar sino los rastros de su violencia represiva y criminal, y finalmente genocida.

UN PROYECTO HISTÓRICO, POPULAR Y ANTIMPERIALISTA

El pueblo en armas de Nicaragua triunfaba en la insurrección y el Frente Sandinista triunfaba en la movilización y en la organización de las masas, triunfaba en la conducción de diversas fuerzas sociales, probando la eficacia de complejas alianzas, y desembocaba en el éxito de una estrategia de guerra y de una estrategia política. El sandinismo se lograba en Nicaragua como proyecto histórico de consecuencias irreversibles, como un proyecto de carácter popular y antimperialista, que hacía pedazos el anquilosado sistema de dominación interna impuesto por las armas de la intervención norteamericana y cercenaba para siempre los amarres de una vieja e impúdica dependencia, arquetipo de sumisión y expoliación en América Latina.

El proyecto sandinista triunfante es un proyecto histórico y como tal no puede estar en juego ni en cuanto a su naturaleza, ni en cuanto a su hegemonía, ni en cuanto a sus consecuencias, porque no ha sido engendrado en una circunstancia casual, ni en un azar de la historia, sino que es el resultado de

* Documento leído por Sergio Ramírez, miembro de la Junta de Gobierno de Nicaragua, durante el acto de clausura del Congreso Centroamericano de Sociología Blas Real Espinales. Tomado de *Barricada*, 8 de julio de 1980.

toda una dialéctica social que penetra profundamente sus raíces en una antigua realidad de opresión y explotación, de ocupaciones extranjeras brutales, de ventas a plazo de la soberanía, de un riesgo crítico permanente de la nación misma como proyecto y de imposiciones maquinadas por el poder imperial que diseñó, armó y estabilizó a la dinastía depredadora. Explicar, por lo tanto, el sandinismo, es explicar a la nación cimentada en las fuerzas populares que la defendieron históricamente y aseguraron su supervivencia y su victoria final.

HEGEMONÍA POPULAR Y NACIONALIDAD

En la más crucial coyuntura de nuestra historia, cuando el general Sandino decide enfrentarse a la ocupación extranjera en 1927, se está definiendo al mismo tiempo una opción de clase que es la opción de la nacionalidad. El sandinismo levanta entonces las banderas del antimperialismo y de lucha contra la oligarquía vendepatria, como una consecuencia del alineamiento de las clases sociales bajo el peso de la intervención armada. Es el pueblo humilde de mineros, artesanos, peones, el que asume el proyecto de nación, cuando la oligarquía liberal, o conservadora que es lo mismo, acepta complaciente la disolución de la nación, débil y enajenada, servil y obsequiosa en su papel de triste intermediaria del poder imperial que le organiza sus célebres elecciones supervigiladas por infantes de marina y administra sus bancos, ferrocarriles y aduanas. El sandinismo asume a la nación entonces, y habría de asumirla después, porque la nación como idea y como realidad se defiende en guerra y sobrevive gracias a la guerra. La hegemonía popular se gana entonces para siempre en esta identidad liberadora y la soberanía se afianza como soberanía popular.

La instauración posterior a la gesta sandinista de 1927/ 1933, de un modelo de dominación en la forma de una dictadura militar, que como las antiguas oligarquías vendepatria se solazaba en su sumisión irrestricta al poder imperial, no altera, sino que agudiza la contradicción fundamental que sigue latente en nuestra historia, la guerra la continuarán en altos y bajos los mismos pobres del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua; la contradicción sigue siendo entre pueblo y dictadura, entre sandinismo y somocismo, entre la nación y el imperialismo, y no se resolverá sino con la destrucción y la desaparición de todo el aparato de poder militar y político que la misma intervención había engendrado.

El proyecto sandinista triunfante es por lo tanto, un proyecto nacional y un proyecto popular que

define su hegemonía al sustituir, por medio de la lucha armada, al antiguo poder. Es sólo así que se puede dar paso a un nuevo proyecto social y que se puede realizar la voluntad política de cambio sustentada primordialmente en los intereses de las grandes mayorías que pasan a ocupar su lugar hegemónico en la historia. No se puede explicar de ninguna otra manera este proceso, sino desde esta perspectiva popular.

LAS ALIANZAS FUERON DEFINIDAS A PARTIR DE LA HEGEMONÍA SANDINISTA

Otras fuerzas sociales dominantes, que en distintas etapas de su crecimiento se encontraron en posiciones de contradicción con la dictadura y que en los últimos momentos agudizaron estas contradicciones, perdieron la oportunidad histórica de consolidarse como modelos alternativos, de acuerdo a sus propios proyectos de sustitución de poder; cuando la lucha insurreccional conducida por el sandinismo entra en su etapa decisiva es la misma fuerza irreversible de las masas la que atrapa la participación de esos otros sectores dominantes, en el esfuerzo por el derrocamiento de la dictadura; pero la guerra de liberación no es ya su proyecto, y es el mismo el que define la naturaleza, la calidad y la oportunidad de las alianzas necesarias para el triunfo.

Esta concepción es importante para definir el papel de alianzas, el desarrollo del proyecto revolucionario, que en este primer año ha sido capaz de producir alteraciones fundamentales en la realidad nacional heredada, y que dispone de la voluntad política y de la capacidad estratégica para profundizar estas alteraciones y consolidar el cambio social.

Los intereses económicos del somocismo, se consolidaron históricamente desde una forma de acumulación primitiva que se da a partir de la década de 1940 a través de expropiaciones forzosas, monopolios ilegales, fraudes y exenciones, y pasaron de allí a una abierta participación en la dinámica capitalista creada a raíz de la extensión de los cultivos algodoneros y de la apertura de mercados del proyecto de integración centroamericana, asumiendo otra vez, en los últimos años del régimen y posterior al terremoto de 1972, el carácter de acumulación delictuosa del principio.

EXPROPIAR AL SOMOCISMO PARA DESQUEBRAJAR EL VIEJO RÉGIMEN Y ASENTAR EL NUEVO PODER

La urgencia con que tanto la familia Somoza, como su coro de oficiales y ministros se dedicaron a saquear los recursos de capital del país, para trasponerlos en cuentas bancarias en el extranjero, y asaltar toda posibilidad de negocios lucrativos en esta última etapa, agudizó un confrontamiento con

otros sectores dominantes, financieros, industriales y comerciales principalmente, confrontamiento que llegaría a adquirir necesariamente un carácter político; pero los intereses del somocismo, por su naturaleza, se habían tejido ya en la urdimbre de todo el sistema económico del país, de manera que la Revolución, al arrancar por medio de las confiscaciones decretadas esos intereses, habría de desgarrar todo el tejido.

Las condiciones de la acumulación somocista, que cualitativamente estaba colocada en los sectores más estratégicos de la producción y los servicios, y la múltiple diversidad de sus hilos conductores a todo el sistema económico, convirtió, para el nuevo Estado revolucionario la decisión política de reivindicar su apropiación como eje del proyecto social, en una simple operación quirúrgica de amputación inmediata. No habría de tomar más de tres meses desde el día de la victoria, la expropiación y confiscación de los bancos, las compañías de ahorro y préstamo, las entidades financieras, las compañías de seguros, todo el sistema de comercio exterior de los productos tradicionales de exportación y su acopio interno; el vigoroso arranque de la reforma agraria con más de 1 200 000 manzanas de tierras cultivables y gran parte de la infraestructura agropecuaria del país, incluyendo mataderos y beneficios de café; la nacionalización de los minerales de oro y plata en manos de compañías extranjeras y el control de todo el sistema de pesca y de corte y procesamiento de madera, con lo que los recursos naturales se recobraban como parte sustancial e indisoluble del concepto sandinista de soberanía.

La posición del capital somocista en la industria textil, química y agroquímica, de materiales de construcción y metalmecánica y su dominio sobre todo el transporte aéreo, marítimo y de superficie, intereses que también fueron trasladados al área de propiedad del pueblo, completaban esta fulminante operación de arranque. La rápida estrategia de consolidación inicial del área de propiedad del pueblo, y su naturaleza cualitativa, nos ayudarían a definir desde el principio no sólo el carácter del proyecto de economía mixta, sino también y como consecuencia, el carácter de las alianzas en el futuro.

NACIONALIZACIÓN DE LA BANCA:

UN PASO ESTRATÉGICO Y DE AVANCE POLÍTICO

La apresurada fuga de capitales que la burguesía financiera ejecuta junto con los cómplices y comparsas somocistas hacia el extranjero en los dos últimos años anteriores al triunfo, las crecientes dificultades de la balanza de pagos y el crítico descenso de la productividad dislocada por las acciones de guerra, provocan, bajo las presiones del FMI, una devaluación de la moneda que Somoza ordena en

abril de 1979, pocos meses antes de su caída. Esta devaluación desmorona el sistema financiero, de manera que al ser nacionalizado, el Estado revolucionario recibe sólo los cadáveres insepultos de una veintena de instituciones con sus carteras comprometidas con empresas destruidas e improductivas y con altos compromisos en dólares que deberían convertirse a precios de devaluación. La Revolución no estaba mirando sin embargo, a la nacionalización bancaria como una simple medida de sanidad financiera, sino como un acto estratégico de avance político. La posesión del sistema implicaba en adelante la disposición en manos del proyecto económico sandinista, de toda la capacidad del ahorro nacional y de la facultad de dirigir todos los recursos financieros del país hacia los propósitos del proyecto de transformación en marcha, bajo un régimen de economía planificada.

Expropiar la banca significaba también descabezar al sector financiero plutocrático, que había jugado siempre a la retaguardia del capital somocista, y era su cómplice encubierto más calificado; la Revolución cercenaba así otro polo de poder alterno cuya recuperación económica hubiera significado su recuperación política y su vuelta del exilio, donde sus más destacados jefes se habían voluntariamente colocado poco antes del triunfo.

LA CONSOLIDACIÓN DEL ÁREA DE PROPIEDAD DEL PUEBLO TAMBIÉN EXPRESA LA HEGEMONÍA POPULAR

El área de propiedad del pueblo se consolidaba así como una suma de apropiaciones, pero más que nada, como una suma de posibilidades estratégicas, y definía desde el comienzo la naturaleza de la hegemonía popular en toda la gama del proceso; nos preparaba para enfrentar nuestra definición de economía mixta, concebida desde la perspectiva revolucionaria, no como el todo compuesto por dos mitades armónicas e iguales sujetas a sus propias posibilidades, y a su propia suerte de crecimiento y acumulación independiente en libre competencia. Por el contrario, nosotros estamos mirando hacia un régimen de economía mixta en que el sector estratégico popular habrá de seguir definiendo su hegemonía en términos de toda la dinámica social impuesta por la Revolución, pero también en términos de un proceso de futura acumulación económica que pondrá las posibilidades máximas de reproducción, del lado del área de propiedad del pueblo.

La posibilidad histórica de estancamiento de la acumulación y reproducción estatal, no puede darse ya en términos de toda la dinámica social, porque el proyecto global, tiene una hegemonía; y por el contrario, la licencia de acumulación y reproducción del otro sector, que con el triunfo de las armas

sandinistas perdió a su vez la posibilidad histórica de ser hegemónico, significaría una involución del proceso y la vuelta paulatina a un esquema tradicional, que ya ha sido derrotado.

Aquí no se trata, pues, de coartar dentro de la estrategia del proyecto revolucionario, la participación de los sectores privados en la producción, pues la reconstrucción nacional, frente a una economía restringida y destruida precisa de urgentes elementos de reactivación; se trata de una elección histórica que el mismo proceso revolucionario ha determinado como consecuencia de la sustitución radical de todo el aparato de poder tradicional, que si bien es cierto representaba en primera instancia un modelo de dictadura militar represiva, representaba también, en términos sociales, la posibilidad de sustentar alternativas de dominio distintas a las de la dictadura pero de la misma naturaleza de clase. Aun cuando este proyecto alternativo hubiera llegado a ser de carácter democrático-burgués.

EL SUEÑO PERDIDO DE LAS CLASES DERROTADAS

Los últimos meses de lucha, nos encuentran en el frente político de la guerra defendiendo con dientes y uñas el triunfo de esta opción definitiva: un ejército popular, un Estado revolucionario popular capaz de asumir el proyecto político de cambio en términos revolucionarios; frente a la opción acariciada por los sectores dominantes en pugna con el somocismo y por el aparato diplomático norteamericano desde la época de la mediación, en octubre de 1978: lavarle las manos ensangrentadas a la guardia nacional, remozarla y decorarla para servir como dispositivo último de seguridad de una nueva opción del sistema de dominación; y una convivencia institucional con sectores "decentes" del partido liberal somocista. De esta manera, se pretendía defraudar, castrar e imposibilitar el proyecto popular y dejar sin resolver la contradicción planteada históricamente entre nación e imperialismo.

EL PROCESO ES IRREVERSIBLE Y LA LUCHA CONTINÚA

Por todo lo anterior, las alianzas políticas que sustentan el carácter unitario que el proyecto sandinista lleva adelante, con una gama abierta de participación de los más variados sectores, se sujetan a una realidad hegemónica, no sólo porque la vanguardia revolucionaria asume la conducción del proceso en términos políticos, sino fundamentalmente, porque la hegemonía de todo el proyecto histórico ha sido definida en términos de una opción de fuerzas y de un asentamiento definitivo de fuerzas, que es irreversible no sólo en términos políticos; también, y de manera principal, en términos históricos, y en términos de la consolidación y desarrollo de un esquema económico que es también hegemónico en términos populares. El futuro avance del proyecto, teniendo en cuenta la voluntad política que lo

conduce y la naturaleza de las fuerzas sociales en que descansa, habrá de definirse por la suma de coyunturas que se presentan, de acuerdo al entorno geopolítico inmediato y a sus tensiones y distensiones, y en última instancia, de acuerdo a la correlación mundial de fuerzas, aunque resulte ocioso decirlo.

No es, por supuesto, un camino que en el futuro habremos de andar sin dolor; el triunfo rotundo de las armas populares ha producido el desplazamiento de las otras opciones que perdieron su oportunidad de concretarse como proyectos alternos a la dictadura militar, pero eso no significa que la lucha haya terminado, ni que desde ya no estemos enfrentándonos a un permanente desafío del poder sandinista, que es el poder popular.

Fuera de algunas escaramuzas bélicas e intentos hasta ahora fallidos de organizar una contrarrevolución armada, la lucha se expresa en estos momentos, más que nada, en términos ideológicos. La manifestación principal de esta lucha consiste en tratar de desestabilizar el proceso en términos políticos, bajo el esquema de reclamar a la conducción revolucionaria una apresurada vuelta al tipo de normalidad institucional clásica, procurando hacer una cuidadosa abstracción de todos los factores dinámicos y necesariamente anormales que implica un proceso revolucionario, que ha dislocado en menos de un año toda la tradición social del país.

LO QUE ESCONDE LA MANIPULACIÓN IDEOLÓGICA DE LA REACCIÓN

La calculada artimaña que en términos de lenguaje ensalza día a día todas las conocidas virtudes de la panacea democrática, elecciones libres y ojalá supervigiladas como en aquellos nostálgicos tiempos; ordenada alternabilidad en el poder con el debido traspaso de la banda presidencial bordada en oro; y una rigurosa división de poderes al estilo de Montesquieu, si posible con curules remuneradas: alterna con un ataque en apariencia saludable e inocente, a las formas de poder popular engendradas por la Revolución; un ataque en que aparentemente se cuestiona no la existencia misma de estos instrumentos, sino su legalidad, pero sin que tanta delicadeza impida adivinar que no se trata más que de máscaras superpuestas que ocultan una lucha por sustituir el proyecto revolucionario, por un proyecto devolucionario.

Detrás, está toda una pugna por contener y detener el proceso, congelar sus medidas, desviar su cauce y convertir su aparato táctico en frustración estratégica, disolver el apoyo organizado que parte de las masas, de los comités de barrio, de las organizaciones campesinas, de los sindicatos, mientras a la par se trata de prestigiar la democracia sin mácula, el reino infalible de la propiedad privada única y eficiente por-que la libre empresa no admite desafío gerencial y el Estado todo lo lleva a la

ruina: sueños en torno al paraíso perdido.

Si las fuerzas ahora en pugna con el proceso revolucionario entienden que el proyecto popular sandinista es el proyecto de la nación y de la consolidación definitiva del Estado nacional antimperialista, porque no han perdido su olfato de clase, su ofensiva ideológica les lleva a pretender la desandinización del Estado, para que la vuelta a la normalidad suponga un cambio de manos de la hegemonía.

LOS IDEÓLOGOS DE LA CONTRARREVOLUCIÓN ARRINCONADOS POR LA HEGEMONÍA SANDINISTA

Múltiples trampas se ponen a disposición de este juego. Se esgrime una confusión entre Estado y Frente Sandinista, como reclamo de legítima inocencia democrática y ofendida conciencia liberal y en ocasiones se nos llega a recordar que Somoza confundía los intereses de su familia con los del Estado; se reclama una asepsia del Ejército Popular Sandinista que no debe ser político ni sandinista, porque en la mejor tradición de los ejércitos está su apoliticidad constitucional, como en el cono sur; se trata de imprimir a la palabra pueblo un sentido abstracto e interclasista para al mismo tiempo separarlo de la vanguardia, que a pesar de haber conducido la guerra y reconocerle valentía y arrojo en aquella exitosa aventura, no representa ni encarna al pueblo ni sus aspiraciones, porque ese lenguaje de los desplazados repite que la Revolución la hizo el pueblo, y el pueblo somos todos.

También, y sin que el Frente Sandinista haya usado nunca el término socialismo como valor retórico, la clase desplazada se apresura a acuñar su socialismo en libertad, para castrar la carga de contenido histórico que una concepción semejante tiene; y a la vez para organizar, como ariete frontal de estos embates, la consabida, resabida y conocida cruzada anticomunista por la salvación de los valores sacrosantos de la patria y de la religión, ese comunismo que arranca a los niños de los brazos de sus madres, que quema los santos y cierra las iglesias y que despoja a los pequeños propietarios agrícolas de sus cuatro vacas y que crea, en términos del diario *La Prensa*, una nueva fe inquisidora e infalible.

Como el peligro latente es de que caigamos en todas estas calamidades y los nicaragüenses que tanto amamos la libertad la perdamos porque no sepamos construir un modelo original, los sabios ideólogos de la contrarrevolución nos aconsejan paternalmente originalidad en el proceso, realizar el socialismo sin sacrificar la libertad del hombre, pero sólo como categoría ontológica. Para ellos no se trataría por su-puesto, de escoger un modelo de realización social incubado en el seno de la historia, una historia que como la nuestra apenas comienza a surgir de la noche del dolor y de la mi-seria, del abandono y del

ultraje; no se trata de que Nicaragua deje de ser una república de pobres y desarrapados, de muertos de hambre sin tierra ni cobijo, de desempleados y marginados que buscan su comida en los basureros, una república sin hospitales y apenas con escuelas; en la república de los sabios, sólo existe una concepción falsamente humanista donde la libertad abstracta debe prevalecer sobre la realidad social; es decir, la libertad de unos cuantos que francamente han visto limitada ahora su libertad anterior concreta, jamás abstracta, de explotar sin misericordia a los que jamás tuvieron la libertad de elegir.

LA REVOLUCIÓN ES NACIONAL, PERO LOS CAMBIOS REVOLUCIONARIOS PUEDEN ASEMEJARSE A LOS DE CUALQUIER OTRO PROCESO AUTÉNTICO

La calidad nacional de esta Revolución, su carácter nicaragüense no está en juego tal como la contrarrevolución esgrime, al mostrarnos el riesgo que significa el copiar modelos. Nuestra Revolución es nacional, porque es sandinista y el sandinismo implica históricamente, una hegemonía popular; si la Revolución, por sus consecuencias, al alterar la realidad social repite cambios estructurales de otros procesos revolucionarios, es porque simplemente resuelve una contradicción dialéctica, que se engendra en nuestra naturaleza de país pobre, que destruye y supera estructuras injustas y tiende hacia su independencia real, y esta naturaleza estructural es común a la de tantos países marginales que han encontrado el camino de su liberación, lo están buscando actualmente, e indefectiblemente llegarán a encontrarlo por la fuerza de las armas, si la fuerza de las armas ampara la razón, y se tiene de su lado la verdad.

ORIGINALIDAD NO SIGNIFICA CAMBIAR LA NATURALEZA POPULAR DE LA REVOLUCIÓN

Nuestra Revolución habrá de crear su propio modelo, pensando en nuestra propia condición social, en la dinámica de la coyuntura; pero nunca llegará a ser condición de originalidad de este modelo, como parece reclamársenos desde la reacción, cambiar su naturaleza popular para que no se parezca a ningún otro, alterar el espectro de las alianzas para debilitar la hegemonía de las clases populares en la Revolución; dejar de profundizar sus logros y congelar en un determinado punto de equilibrio grato a esos intereses, las alteraciones estructurales de una sociedad en dinámico proceso de cambio como la nuestra.

Por esas razones es que tanto irrita a nuestros enemigos, el que insistamos en que esta Revolución

tiene un carácter irreversible; no hay vuelta posible al pasado, ni a ninguna alternativa de las que quedaron condenadas en el pasado; irreversible porque las masas tomaron su lugar en la historia, han despertado los pobres y los humildes y aprenden cómo se hace la historia; y para no correr riesgos, esos riesgos que tan caro se han pagado en otras circunstancias y en otras latitudes de América Latina, para no correr el riesgo de lo reversible, que indefectiblemente es lo contrario de lo irreversible, tienen las armas con las que conquistaron su opción sandinista, con las que conquistaron su proyecto sandinista, y esas armas servirán para defender la razón y la justicia que también están de nuestro lado.

¡¡Patria libre o morir!!

VANGUARDIA, HEGEMONÍA POPULAR Y UNIDAD NACIONAL*

En Nicaragua, Patria Libre, cuando está por cerrarse una primera histórica jornada de todo un año de Revolución, abrimos el Cuarto Congreso de Sociología que honra la memoria de nuestro hermano y héroe revolucionario Blas Real Espinales.

Blas Real es de esos hombres que supieron unir su pensamiento y su acción para ponerlos como engranaje de una causa justa. Y debemos reconocer en Blas Real al mismo tipo de hombres que como Leonel Rugama, o Mauricio Duarte, o Jorge Navarro, lucharon por sus convicciones hasta las últimas consecuencias.

Podríamos decir que estos intelectuales revolucionarios pertenecen a una época más madura de la historia de nuestros pueblos y dentro de ella son el paradigma de lo que un intelectual debe ser para ponerse a la altura de su tiempo. Las revoluciones van rompiendo con el pasado y agregándole a la historia una nueva calidad que exige de todos librar una verdadera lucha por la superación personal y por la integración concreta con el proceso revolucionario de nuestros pueblos.

Casi olvidada está aquella época en que los intelectuales deberían ser casi todos poetas, que era como decir soñadores, románticos, separados enteramente de la realidad. Una visión de intelectual que heredaron más tarde toda una generación de novelistas que si bien expresaron un avance de inteligencia en el descubrimiento de la realidad latinoamericana, en cierto modo presentaron sobre todo una visión mágica, una recreación de esa realidad todavía inescrutable.

Creemos que ha sido superada esa siguiente fase, en la que con más herramientas, con un mayor dominio de las ciencias sociales, se desarrolló con posterioridad a la época de esa visión narrativa,

* Discurso pronunciado por el Comandante de la Revolución Jaime Wheelock en la inauguración del Congreso Centroamericano de Sociología Blas Real Espinales. Tomado de *Barricada*, 3 de julio de 1980.

ensoñadora de nuestra realidad, una corriente que comienza a recuperar elementos fundamentales de nuestras formaciones económico-sociales y de los principales problemas de América Latina. Pero aún advertimos que el hombre se encontraba separado de la acción práctica, y por ello mismo es que al honrar la memoria de Blas Real, deberíamos pensar también en el profundo homenaje que para la intelectualidad y las ciencias sociales fue la vida y sobre todo la práctica de un hombre como Blas Real, porque de alguna manera tendríamos que decir que esta Revolución, que esta extraordinaria confirmación histórica, es también una obra de Blas y de los jóvenes intelectuales como Blas, y que su ejemplo entonces nos sirva de reclamo, de señal en el camino, de desafío, de consecuencia.

Es muy temprano todavía para examinar la Revolución Nicaragüense, su historia y las tareas del futuro, especialmente para aquellos que participamos en su desenvolvimiento. Quisiéramos de todas maneras transmitirles a ustedes algunas experiencias que deberían ser especialmente recogidas más para la acción que para el mero análisis:

LOS FACTORES OBJETIVOS

Nuestra Revolución es el producto de una serie de factores económicos y sociales, políticos, de correlación de fuerzas, de acción intrépida, que se conjugaron en un momento en el que las fuerzas reaccionarias del imperialismo no pudieron contener el resultado eficiente de las fuerzas que produjeron la Revolución Nicaragüense Sandinista, entre estas fuerzas hay algunas que podríamos considerar de carácter histórico, cultural y podríamos llamar a estas fuerzas más bien tendencias:

Comenzamos señalando que nuestro país se encontraba dominado por una dictadura militar cuya naturaleza era la de ser ese tipo de eje intensamente autoritario, represivo y antinacional, que como forma clásica de dominación sobre nuestros pueblos impuso el imperialismo en la década de los años 30; ahí donde a falta de clases dominantes locales fuertes, desde el punto de vista económico, político, que pudieran contener las luchas crecientes cada vez más amplias de masas sometidas a la explotación y a la opresión, tiene que organizarse prácticamente desde afuera un instrumento de dominación militar necesario para garantizar sobre todo los intereses geopolíticos y económicos del imperialismo.

No eran las fuerzas interventoras imperialistas las que dominaban el país, pero eran de alguna manera fuerzas imperialistas con expresión local. Dictaduras que estuvieron siempre por encima de todas las clases, aunque desde luego, fueron legitimadas también por sectores reaccionarios locales. Y al cabo estos instrumentos llevaban la tendencia de entrar en un momento determinado, en crisis irreversible.

Porque la dictadura militar somocista, por su prolongada tiranía, se fue haciendo cada vez más intolerable para todos los nicaragüenses, a tal punto que nuestra lucha llegó a tener un carácter de lucha de guerra de liberación nacional, a pesar de ser dada en los límites de nuestro país. Y una guerra de liberación nacional, según han probado los pueblos, puede derrotar a enemigos astronómicamente superiores y con la gran ventaja de nuestra parte de que las fuerzas del imperialismo en Nicaragua, es decir, la guardia nacional, no era un enemigo tan superior.

Ésta era una de las contradicciones de esa forma clásica de dominación, porque tenía todos los elementos irritantes de la dominación imperialista y muy poco de sus virtudes, es decir, la fuerza, la capacidad y la potencia militar.

Por otra parte, esta dictadura militar estaba encartada en un sistema económico, que desde el siglo pasado venía marchando dentro de un proceso de creciente dependencia del capitalismo mundial, dependencia que transmitía al interior de toda la sociedad el atraso, el subdesarrollo, la miseria. Aunque probablemente para la Revolución la más importante proyección de la dependencia económica paradójicamente fue la falta de integración por una parte de clases dominantes locales, lo suficientemente fuertes como para ser una alternativa a la dictadura militar en un momento de crisis.

Porque nosotros no encontramos aquí una burguesía bien estructurada, fuerte, sólida económicamente, sino más bien la característica por lo menos de los últimos 25 años, ha sido la del desarrollo de un movimiento popular cada vez más amplio y combativo. De tal manera, que cuando precisamente se piensa en la alternativa de una dominación burguesa-democrática para sustituir a la dictadura militar en crisis, ya es demasiado tarde para que la oligarquía financiera local pueda adelantarse a un sólido movimiento revolucionario conducido por una vanguardia legítimamente reconocida por las masas y que tiene tras de sí un consistente aparato militar.

Consideramos por eso de enorme importancia para nuestra Revolución, haber aprovechado con mucha habilidad las contradicciones que la dominación imperialista, política y económica, produjo en Nicaragua. De alguna manera la Revolución se produce en los momentos en que coincide la crisis de la dictadura militar con una crisis del capitalismo dependiente en Nicaragua; pero hay otros factores sin los cuales hubiese sido absolutamente imposible la Revolución Nicaragüense, porque de factores objetivos están saturados nuestros pueblos y son precisamente los que corresponden a la voluntad colectiva de los hombres, los que suelen incidir con más vigor para impulsar la Revolución en nuestras realidades.

BÚSQUEDA DE LA REALIDAD

La nueva generación de revolucionarios sandinistas reintegra el movimiento revolucionario a golpes de fusil a finales de los años 50 y principios de los 60. Una época en la que todavía adolescentes, advertíamos entre la perplejidad y el optimismo, el impacto de la Revolución Cubana. Y aunque con independencia de las tesis políticas, ideológicas, de estrategia guerrillera, nosotros teníamos que luchar empuñando los fusiles contra una dictadura que amenazaba prolongarse indefinidamente, de alguna manera incidieron en el curso de nuestra Lucha algunas tesis que no se correspondían con el movimiento Revolucionario Sandinista.

Y fue necesario entonces recorrer un largo trecho en toda la historia de nuestro país, para recoger las tradiciones de lucha, la identidad de nuestra propia Revolución, podríamos decir; las esencias peculiares de nuestro camino revolucionario.

Y por ello mismo consideramos que un aspecto importante de nuestra Revolución fue la búsqueda de la realidad. No solamente buscar las estructuras económicas y sociales, sino también, buscar las tradiciones heroicas, las formas de lucha que el pueblo ha empleado y que son las formas que el pueblo conoce y practica.

Podríamos decir que a partir de nuestras propias experiencias de muchos años, como Frente Sandinista de Liberación Nacional, comenzamos a tener una visión más clara de nuestra causa, de nuestros objetivos políticos, de nuestra estrategia y de nuestras tácticas revolucionarias.

Por supuesto que esto no significaba otra cosa que saber con exactitud, mirar profundo hacia dentro sin excluir al mismo tiempo la perspectiva de las fecundas experiencias de afuera.

LA ACCIÓN REVOLUCIONARIA CONSTANTE

Claro que estos descubrimientos de nuestra realidad no hubieran sido posibles si nuestro movimiento no hubiera, desde el principio, desencadenado una acción revolucionaria práctica, que le proporcionó la medida y la naturaleza de sus limitaciones, de sus errores, y también de sus tareas.

Porque nosotros consideramos que uno de los elementos esenciales de nuestra Revolución, residió en la voluntad firme, decidida del Frente Sandinista, de librar una lucha sin cuartel, cotidiana, contra la dictadura somocista y por esa razón el análisis político, podríamos decir el análisis científico, casi siempre estuvo estrechamente vinculado a la acción, guiado por la acción; para apoyar la acción; y la acción misma en su dinámica generaba nuevamente una nueva calidad con el conocimiento político y

con el dominio de nuestro proceso revolucionario.

Fue por medio de la práctica revolucionaria, por medio de la acción concreta político-militar —sobre todo militar—, lo que contribuyó al descubrimiento de las formas de lucha que podía emplear nuestro pueblo y que le eran propias a los nicaragüenses; esas formas de lucha históricamente determinadas, que sólo se descubren con la acción, excluyendo las que no fecundan y desarrollando al máximo aquellas que las masas han hecho y hacen suyas.

De otra manera hubiera sido muy difícil sin la acción revolucionaria, producirle a la dictadura somocista una crisis política. Porque debemos decir con mucha claridad, que a pesar de los factores objetivos, la dictadura militar somocista hubiera podido perfectamente prolongarse por un tiempo indefinido, pero fue la acción revolucionaria: el golpe del 27 de diciembre y las luchas posteriores; la defensa popular en aquellas cortes marciales en donde se juzgaba a todo el pueblo nicaragüense; las luchas de resistencia en las montañas, en los periodos más difíciles, por lo menos señalaban nuestra decisión de combatir y de ocupar un lugar en Nicaragua, fueron las luchas de resistencia urbana, el desarrollo de nuestra organización clandestina lo que vino entretejiendo el soporte y la plataforma sobre la cual se desarrollarían más tarde las vigorosas acciones militares del 13 de octubre del 77, las sublevaciones de los pueblos de Monimbó y Diriamba, la gran insurrección de septiembre y la toma del Palacio Nacional, las huelgas políticas y finalmente la insurrección nacional sandinista de junio y julio del 79. Las tres formas fundamentales de lucha coincidieron en el momento crítico, en el apogeo del movimiento ascendente de la Revolución: desde la huelga general política que se venía desarrollando a partir de múltiples y elementales formas de paros; la sublevación de los pueblos, que sintetizó la contribución amplia y diversa de todos los grupos sociales que en los barrios, con las bombas, con las armas rudimentarias y en las unidades de producción, en la ciudad, en las comarcas, en el campo, se levantaron en combate contra la dictadura y la otra forma mejor conocida por nosotros, la de la lucha armada que era el desarrollo y la síntesis de la primera y solidaria jornada de Raudales, de Carlos Haslam, de Manuel Díaz y Sotelo, hasta las experiencias ya de nuestro Frente Sandinista en Río Coco, Bocay y más tarde, Pancasán y Zinica, hasta dominar en las últimas fases de la guerra, el combate regular combinado con la guerra de movimiento en el campo y las tomas de cuarteles en las ciudades.

Sin la acción, jamás el Frente Sandinista hubiera ganado credibilidad y confianza como la que ganó por una larga resistencia tenaz. Y tampoco se le hubiera dado al pueblo la confianza en sus propias fuerzas, cuando se le comienza a hacer daño al enemigo mediante acciones militares.

LA VANGUARDIA, GARANTÍA DE LA HEGEMONÍA POPULAR

Y tampoco hubiéramos provocado la crisis de la dictadura somocista, ni hubiéramos tampoco alcanzado el triunfo y algo más que eso, no hubiéramos podido garantizar el factor que a lo largo de las diferentes luchas políticas y las intentonas reaccionarias imperialistas por sustituir a la democracia con un proyecto reaccionario, que fue la hegemonía militar, la hegemonía de la acción, lo que podría neutralizar, desbaratar todos estos planes y poner siempre el movimiento revolucionario con la iniciativa en las manos, con la audacia, con la intrepidez, con la potencia efectiva de las armas, asistiendo a una causa justa.

Y aunque podríamos decir también, que la acción revolucionaria jugó un papel para la unidad del Frente Sandinista que todavía no hemos valorado quizás suficientemente, porque fue toda esa dinámica, todas esas consecuencias, efectos de la acción, lo que en bastante medida nos hicieron converger para apoyar hechos y no palabras, es decir, situaciones incontestablemente reales, y claro, la acción necesaria unida con la lucha heroica de nuestro pueblo nos unió, nos hermanó en la práctica.

UNIDAD REVOLUCIONARIA

Pero hay otros factores precisamente, que nosotros queremos resaltar aquí, para que sean valorados y aprendidos por todos. Señalamos el de la unidad revolucionaria: hubo un momento de nuestro proceso que fue necesario discutir, analizar, librar una lucha ideológica; lucha que en cierto momento nos llevó a adoptar posiciones que, un poco más en la idea que en la acción, desunió a nuestro movimiento sandinista. Sin embargo, a partir de determinado momento se hacía absolutamente necesaria la unidad de movimiento, para golpear al enemigo con un solo puño desde una sola dirección. Sabemos desde luego, la influencia que para la unidad tuvo el movimiento popular sandinista, la crisis de la dictadura, sin embargo, podríamos decir que la unidad fue un hecho voluntario en donde el patriotismo, la fraternidad, la consecuencia revolucionaria de los dirigentes y la madurez de las bases de las distintas fracciones, jugaron un papel decisivo.

Lo importante es saber en todo caso, que es muy difícil que se pueda producir una Revolución sin la unidad de los revolucionarios, y ésta, la Nicaragüense, tuvo el mérito de ser producida por hombres que se unieron por encima de sus divergencias alrededor de un solo ideal y que se logró,

quizás por primera vez, reunir a una organización revolucionaria que se había fracturado y que hoy es un ejemplo de unidad, de colectivismo y de fraternidad. Y esa unidad produjo también la unidad de toda la nación, porque es cierto, nosotros no sumamos fuerzas, sino que multiplicamos en una proporción geométrica nuestras fuerzas y se creó ese eje de tensión y de energía que atrajo hacia sí a todos los sectores de la nación, incluyendo a las capas democráticas de la burguesía.

El Frente Sandinista de Liberación Nacional, de ese modo, se confirmó como la vanguardia de toda la nación, el conductor de todo el pueblo nicaragüense, el artífice de la unidad nacional, y unidad que se tradujo en hechos en mayo, junio y julio de 1979 y en el programa y el Gobierno que más tarde se organizaría con el triunfo de la Revolución.

Es tan importante la unidad nacional como la unidad de los revolucionarios, aunque debemos decir que no hay unidad nacional que favorezca a la Revolución sin una previa unidad de los revolucionarios, que garantice la hegemonía popular en la unidad nacional.

LA DIRECCIÓN PRÁCTICA DE LA LUCHA

Por otra parte, queríamos también resaltar la importancia que la dirección práctica desempeñó en la Revolución. Cuando todo era frustración y tiniebla, en el país hubo hombres como Carlos Fonseca, Jorge Navarro, Germán Pomares, Santos López el general sandinista, que condujeron el rumbo de la lucha política mediante el desencadenamiento de la lucha armada en circunstancias cuando estábamos llenos de politiqueros corrompidos y decadentes, que jamás hubieran sido una oposición a la dictadura.

Y fue un duro camino éste, un camino de derrotas debemos decir, de derrotas militares, en que a veces con la dispersión, las vacilaciones, la dureza, quedaban tal vez para asegurar la continuidad del movimiento unos pocos hombres; por ello nosotros resaltamos tanto y valoramos esa tozudez recalcitrante, ese optimismo patriótico y educativo, ejemplar, organizador, forjador, de Carlos Fonseca, es decir, una dirección consecuente que mantenía una confianza en el futuro, en la capacidad del pueblo para combatir por sus reivindicaciones históricas.

Claro que las primeras etapas de nuestro movimiento, la conducción revistió un carácter fundamentalmente moral y fue más tarde en donde la capacidad y la habilidad de dirección práctica se nos tornó un problema de índole técnico, cuyo dominio por parte de nuestra Dirección Nacional, fue decisivo para lograr una lucha tan compleja, tan amplia, tan llena de matices como la que caracterizó

la última fase de la guerra de liberación.

Y así como descubrir las leyes interiores del proceso revolucionario es un presupuesto para la victoria, lo mismo que lo es también la combatividad constante, la unidad revolucionaria y de todo el pueblo; también mantener una dirección de vanguardia, es un factor vital para la Revolución. Sin una dirección correcta, sin un partido revolucionario consistente que conozca en qué momento el peso debe recaer en las tareas de organización, o cuándo es más importante la movilización política de las masas, o cuándo es necesario hacer énfasis en la lucha militar, o cómo reunir estos sectores que proceden a veces de distintas direcciones, para lanzarlos con una sola fuerza en contra de la fortaleza del enemigo.

Porque claro, la unidad fue importante, pero no es solamente con la unidad que nosotros derrocamos a la dictadura y abrimos una Revolución en América Latina. Fue necesario asegurar una dirección correcta de la lucha que se tradujo especialmente en las últimas fases en una conducción militar, adecuada y eficiente, que vino a multiplicar las formidables energías que había liberado el pueblo nicaragüense.

UNA REVOLUCIÓN NACIONAL, POPULAR Y ANTIMPERIALISTA

Todos estos factores unidos, —y por supuesto, deben haber otros factores que nosotros todavía no podemos ver o apreciar correctamente—, llevaron a nuestro movimiento a la victoria; claro que estamos hablando de Nicaragua y esto significa que entre todos estos factores hay algunos que pertenecen al orden de nuestra peculiaridad; pero en términos generales, creemos que las leyes del desarrollo social se cumplieron en esta Revolución.

Podríamos decir, como una síntesis, que en Nicaragua por el enemigo que vencimos: la dictadura militar somocista, dictadura que lo era al mismo tiempo del imperialismo norteamericano y de los grupos reaccionarios locales, nuestra Revolución, tiene un carácter nacional y antimperialista. Pero también, al haber derrocado a esta dictadura que era el obstáculo para el progreso de nuestra nación desde el punto de vista social y económico, podríamos decir que se abre para nuestro proceso el camino hacia el progreso social.

También no podemos perder de vista de que la Revolución es producto de una hegemonía popular sobre el gran movimiento nacional; hegemonía que se expresa por una parte en que la decisiva participación de un pueblo combativo, especialmente los obreros, los campesinos, los jóvenes revolu-

cionarios, fue lo que pudo desbaratar a la dictadura somocista y neutralizar también los proyectos reformistas de la burguesía y el imperialismo.

Y por otra parte, esta hegemonía se expresa en la conducción de vanguardia de nuestro Frente Sandinista de Liberación Nacional, que recoge y porta las reivindicaciones históricas de nuestro pueblo. De tal manera que es nuestra Revolución Nacional, antimperialista y popular fundamentalmente y que en su desenvolvimiento va a dedicarse a la satisfacción de las reivindicaciones económicas y sociales de las masas desposeídas.

Para entender nuestra Revolución es importante considerar que se desarrolla en un país pobre, atrasado, que nos va a dificultar enormemente nuestra marcha hacia el progreso social y ya desde hoy, nos pone serias limitaciones en cuanto a la satisfacción de las necesidades de nuestro pueblo.

EL IMPERIALISMO, ENEMIGO PRINCIPAL DE LA REVOLUCIÓN

Esto, por supuesto, influye en la velocidad de los cambios; aunque consideramos que un factor de primera importancia que ejerce influencia en nuestro proceso, es el de la constante amenaza que representa el imperialismo sobre una Revolución que se desarrolla en el Centro de América considerado secularmente por el imperialismo, una zona estratégica para sus intereses geopolíticos. Y que al mismo tiempo, la Revolución con su ejemplo y sus éxitos se traduce en una esperanza que agita la vocación libertaria y democrática de los pueblos oprimidos de América Latina.

De ahí que cuando nosotros pensamos en los cambios revolucionarios y analizamos nuestro modelo de acumulación económica y social, tomamos en consideración distintos factores, porque al menos por lo que hace a un país subdesarrollado y dependiente, como es Nicaragua, que además vive una Revolución de enorme trascendencia histórica, no podríamos entender la racionalidad de los cambios como una pura decisión sobre las relaciones productivas o sobre las transformaciones institucionales.

La marcha de nuestra Revolución, o si se quiere, el modelo de acumulación de nuestra Revolución, tiene que conformarse con la coincidencia de una correlación política favorable a nivel internacional, que mantenga neutralizadas las posturas intervencionistas de los sectores reaccionarios del imperialismo y que, por supuesto, las corrientes democráticas, progresistas y otras revoluciones, como las que esperamos más temprano que lejos, se produzcan y fortalezcan en América Latina.

Una consecuencia de suma importancia para mantener una postura frente a las agresiones del imperialismo, es la de propugnar por la unidad nacional, incluidos todos aquellos sectores democráticos

y patrióticos que estarían en la disposición de defender nuestra soberanía y que también en la lucha contra la dependencia económica y el subdesarrollo, pueden jugar un papel progresista.

De tal manera, es de nuestra consideración que por hoy la contradicción fundamental que marca nuestra conducta política, es la que se da entre las intenciones de los sectores más reaccionarios del imperialismo por agredir nuestra Revolución y los intereses esenciales de nuestro pueblo.

De uno o de otro modo, lo fundamental para garantizar un avance revolucionario concordante con nuestra propia realidad, es el conservar por parte de nuestra vanguardia, la voluntad política y el aparato eficiente con que efectivamente contamos los sandinistas: la hegemonía popular y la dirección sobre las masas armadas.

LAS TAREAS FUNDAMENTALES

Creemos que la Revolución Nicaragüense tiene una vía de desarrollo caracterizada por enfrentarse a tareas muy difíciles y complejas, que determinan un desarrollo ciertamente particular y nuestra experiencia nos señala qué peligrosos son los esquemas desde arriba, las extrapolaciones económicas, las interpretaciones librescas. Hoy, del carácter de nuestra Revolución se desprenden como tareas fundamentales en primer lugar, preservar y profundizar nuestro proceso de liberación nacional, dándole énfasis en lo interno, a la lucha en contra de la dependencia económica.

En segundo término, aparece como tarea crucial el fortalecimiento de aquellas fuerzas que aseguren la hegemonía popular y revolucionaria sobre nuestro proceso, esto es el impulso a la organización de las masas revolucionarias y el impulso a la edificación de una vanguardia sólida y capaz de hacerle frente a todas las vicisitudes y tareas complejas que demanda una Revolución. En tercer lugar, señalamos la tarea vasta de la reconstrucción de Nicaragua, que es un aspecto a veces olvidado a nivel internacional. Porque tenemos que reconstruir para poder desarrollarnos, confiriéndole por supuesto, una ponderación creciente al papel de las masas revolucionarias y del Estado en la creación de una nueva economía.

LA VOCACIÓN INTERNACIONALISTA DEL SANDINISMO

Compañeros, con todas las limitaciones que les habíamos apuntado, quisimos describirles algunos aspectos esenciales que fueron factores para nuestro triunfo revolucionario y dejarles las líneas generales que constituyen, a nuestro modo de ver, el desafío de los revolucionarios nicaragüenses y ciertamente una vía que tiene rasgos bien distintivos, pero comunes a muchos pueblos, que como el

nuestro, han padecido los efectos de las viejas intervenciones de la dependencia del subdesarrollo, del atraso, de la miseria, de la opresión, producto de similares estructuras políticas, por lo que consideramos necesario que la Revolución de Nicaragua es, en muchos sentidos, sumamente rica y ejemplar.

Aquí realmente, y éste sería el último mensaje, no hay recetas, sabemos desde luego, que conformamos una línea más de la Revolución de todos los pueblos y eso está siempre presente en los sandinistas; queremos significarles que nuestra experiencia y nuestra Revolución, nos ha enseñado la importancia de saber identificar nuestros problemas específicos y buscarle a esos problemas las soluciones concretas. Eso es lo que estamos haciendo hoy, sabemos que por voluntad revolucionaria y por compromiso estamos fortaleciendo la lucha de todos los pueblos del mundo por su liberación nacional, por la democracia plena y el progreso social.